

al uso de los puentes. A pesar de que las dos últimas divisiones de la escuadra romana se encontraron en situación tan apurada que la tercera, cortando los cables, abandonó los buques de transporte y se retiró a la costa, no consiguieron los cartagineses ventaja alguna. Entre tanto los cónsules habían destruido por completo el centro enemigo y pudieron alentar a las demás divisiones con las señales de una victoria que tan cara les había costado, pues perdieron en ella 24 buques, habiendo, en compensación, destruido 30 a los cartagineses y apresados 64 con sus tripulaciones.

El camino del Africa quedaba libre a los romanos, los cuales despues de reparar las pérdidas y los daños que la sangrienta batalla les había causado, no titubearon en seguir el rumbo que desde Sicilia debía llevarles al africano continente. La escuadra cartaginesa, que navegaba entonces en el golfo comprendido entre el promontorio Hermeo y el que ostentaba en su parte Sur-occidental la gran capital del Norte de Africa, esperó en vano a los romanos, preparada para la última lucha. En efecto, la escuadra de los cónsules, que había llegado tranquilamente al cabo Hermeo, hoy cabo Bon, no se encontraba en el golfo, sino que había anclado en el puerto de Clípea ó Clupea, situado al Sur de aquel promontorio. Los romanos se apoderaron de este puerto excelente, protegido contra todos los vientos, y de la ciudad que se alzaba en una montaña no lejos de la costa, y que fué muy pronto fortificada y tomada como base de las empresas que posteriormente llevaron a cabo los cónsules.

Entonces se repitió por algun tiempo la historia de Agatocles: las tropas romanas, en venganza de las devastaciones que en las costas itálicas y sicilianas había cometido la escuadra cartaginesa, pudieron asolar y saquear a su placer la comarca en cuyo centro se encontraban, destruyendo las habitaciones, robando los rebaños, libertando una porción de prisioneros romanos é itálicos, y llevándose en sus buques 20,000 esclavos. Al poco tiempo ascendían al enorme número de 300 los lugares abiertos que habían caído en poder de los fuertes conquistadores.

VI.—ÉXITOS Y TEMERIDAD DE RÉGULO EN ÁFRICA. XANTIPO. DERROTA DE RÉGULO

Los romanos se encontraron entonces en el apogeo de las victorias que durante esta guerra consiguieron. Desde este punto, aun cuando los cartagineses, despues de nuevos desastres se hundieron mas y mas, en cambio profundamente los romanos comenzó a decaer visiblemente. Su dirección guerrera cometió una gran falta: uno de los antiguos principios que profesaba el Senado en tiempo de lucha era ahorrar todo lo posible el material de guerra; pero en esta ocasión se exageró este sistema, al ordenar que el cónsul Manlio, con la mayor parte de la escuadra y la mitad del ejército, regresara a Roma. Los 40 buques, los 15,000 hombres y los 500 caballos que a las órdenes de M. Atilio Régulo se quedaron en Africa, apenas bastaban para llevar a cabo el primitivo objeto que a aquel suelo les había llevado. Atilio era hombre de gran decisión y confiado orgullosamente en su estrella; además su suerte y su talento le habían proporcionado muchas victorias. Los sorprendidos cartagineses, que cuando la invasión de los romanos en su territorio podían disponer en Africa de muy pocas fuerzas móviles, se hallaban ya dispuestos a la lucha a consecuencia del regreso de las tropas que se encontraban en Sicilia al mando de los generales Asdrúbal, Bostar y Amílcar. Pero el temor que les causaba la superioridad de la infantería romana, les inducía a mantenerse en las montañas, en donde de nada les servían sus mejores armas, tales como la caballería y la elefantería. La terrible derrota que en Adis les hizo sufrir Régulo tuvo por consecuencias que una parte importante de los afri-

canos, súbditos de Cartago, se pasara a los romanos. Régulo pudo llegar entonces hasta Túnez, distante solo seis horas de Cartago, desde donde le fué dado contemplar las cúpulas de la capital cartaginesa, que, llena de fugitivos, esperaba ser sitiada por los romanos durante la inmediata primavera. El valor y la confianza de los cartagineses se hallaban tan debilitados, que pensaron muy formalmente en comprar una paz honrosa, aun a costa de grandes sacrificios; y como sabían que Régulo, cuyo cargo tocaba a su término, se hallaba muy dispuesto a llevar a su patria la fama de haber puesto glorioso fin a esta lucha, enviaron al cuartel general romano, establecido en Túnez, a los hombres mas distinguidos de la capital para que tratasen con el cónsul de las condiciones que para la paz se exigirían.

Régulo tuvo entonces una grande ocasión de gloria; pero como si fuese un joven aturdido, desperdició el singular favor que su suerte y las circunstancias le ofrecían. Había vencido, en efecto; pero no supo medir ni comprender la verdadera extensión de su victoria. Sin tener, pues, en cuenta que las plazas marítimas mas fuertes de Sicilia estaban todavía en manos de los cartagineses, que la mayor parte de la escuadra púnica se conservaba aun intacta y que del mismo modo estaban intactos los poderosos muros de Cartago, desconociendo la naturaleza especial del pueblo de su orgullosa enemiga, tuvo la osadía de querer imponer a los cartagineses condiciones tales, que apenas habría tenido derecho a proponerles si el puerto de Cartago hubiera estado bloqueado por las penteremes romanas, y si la bandera de Roma hubiera ondeado sobre las almenas de la ciudad baja. No solamente les intimó la evacuación de Sicilia y de Cerdeña, sino que exigió, además de otras humillantes condiciones, el pago de un tributo anual a los romanos, que Cartago reconociese la soberanía de Roma, que por tanto no pudiese sin permiso de esta ajustar la paz ni declarar la guerra, que se redujera su marina militar ordinaria a un solo buque, y que, sin embargo, tuviese siempre dispuestos 50 para auxiliar en sus empresas a los romanos cuando los pidiesen. Esto era, en suma, pretender que Cartago descendiese de la categoría que desde antiguos tiempos ocupaba como gran potencia, al lugar de una ciudad secundaria, como eran entonces Nápoles ó Tarento. Los cartagineses rechazaron con indignación semejantes insolencias, hijas de la orgullosa fascinación de Atilio Régulo, dieron por terminadas inmediatamente las negociaciones; y entonces, en el pueblo profundamente irritado, se despertó viva la llama del entusiasmo, siendo la extrema necesidad de la patria la que produjo la energía de la resistencia, no obstante la mala dirección que hasta entonces había tenido la guerra. Llamóse a todos a las armas para salvar la ciudad de Elisa y si era posible vengar con sangre el ultraje recibido de los romanos. Se echó mano de todos los caudales públicos disponibles para alistar nuevamente una gran masa de caballería africana y sobre todo de voluntarios griegos; y por entonces brilló otra vez la estrella de la fortuna de la gran república mercantil. Los oficiales púnicos alistados habían tenido la fortuna en la primavera del año 255 de ganar para la causa de Cartago, entre otros aventureros griegos, a un capitán espartano a quien precedía por todas partes la reputación de guerrero experimentado é inteligentísimo general. Era este el valiente Xantipo, el cual, a su llegada a Cartago, con toda franqueza criticó las faltas que los generales cartagineses habían cometido en la campaña contra Régulo. Lo mas importante fué que logró ganar la confianza del Senado cartaginés, el cual le investió de plenos poderes para reorganizar el ejército, prescindiendo de los generales púnicos, y manejar como creyere conveniente la caballería y elefantería del Estado. Dadas las disposiciones necesarias,

salió de Cartago un ejército de 12,000 infantes (parte cartagineses y parte mercenarios) 4,000 caballos y 100 elefantes de guerra, el cual, a las órdenes de Xantipo, tomó la vuelta de Túnez para castigar la osadía de los romanos. Régulo, que como procónsul tenía el mando y que ni de Italia había recibido hasta entonces noticias, ni había pensado en reforzarse reuniendo con los africanos que tenía en su campo una numerosa caballería ligera, aceptó imprudentemente el combate que se le ofrecía, y entonces le fué infiel la fortuna. Xantipo formó los elefantes delante de su ejército: a determinada distancia de esta masa imponente, situó la falange cartaginesa y a la derecha de esta una parte de las tropas mercenarias; por último a derecha é izquierda de los elefantes agrupó la gran masa de caballería dándose la mano con la infantería ligera.

Régulo, por su parte, colocó sus tropas en el órden de batalla que acostumbraban los romanos, es decir, los pocos escuadrones en las alas y en el centro la infantería en formación mas espesa y cerrada que la de costumbre para poder resistir el empuje de los elefantes, de suerte que su ejército presentaba un frente de corta extensión.

El general espartano comenzó la batalla con la temible caballería nómada, que muy pronto destruyó a la de los romanos. Estos adelantaron en seguida sus legiones, que comenzaron con gran vigor el ataque. Pero solo su ala derecha consiguió rebasar la línea de los elefantes y derrotar a la infantería enemiga; en cambio el resto del ejército romano se vió acosado por la elefantería que le causó grandes pérdidas, y en este momento crítico la falange cartaginesa que no había entrado todavía en combate, haciendo un movimiento de avance, se lanzó sobre los romanos que a la vez se vieron entonces atacados a retaguardia y por los flancos por la vencedora caballería. Cercado por esta caballería, por los elefantes y por la infantería cartaginesa, el ejército de Régulo sucumbió por completo, pudiendo tan solo salvarse y huir a Clupea 2,000 hombres, ó sea el ala izquierda, única que había salido vencedora. Para mayor satisfacción de los cartagineses, Régulo, que con quinientos hombres había tratado de buscar una salvación dudosa, entró prisionero en la orgullosa ciudad.

VII.—DERROTAS NAVALES DE LOS ROMANOS. DERROTA DE ESTOS EN PANORMO

Esta importante victoria devolvió a los cartagineses su antigua y altanera confianza. Tratóse entonces de conquistar a Clupea y de robustecer la escuadra para poder resistir con éxito cualquier tentativa de desembarque que de nuevo hacer quisieran los romanos. El prudente espartano que había restablecido el honor de las armas púnicas, fué bastante previsor para retirarse con la fama adquirida y una paga considerable, con lo cual dió patentes muestras de conocer bien aquellos tiempos, en que la envidia y la ambición de los hombres no hubieran tardado en cebarse en él. Poco despues se pasó al servicio de los Lágidas. Los romanos, aterrorizados por la inesperada noticia del desastre sufrido, cuando mas esperanzas tenían puestas en la victoria, hicieron todo lo necesario para auxiliar y salvar a las tropas que se hallaban encerradas en Clupea. A este efecto hízose a la mar, durante el verano del año 255, una escuadra de 350 buques, que consiguió derrotar en el golfo Hermeo a la cartaginesa. A pesar de esto, los cónsules Servilio Fulvio y M. Emilio cometieron muchas faltas: así, en vez de apoderarse del importante puerto de Clupea y de fortificarlo convenientemente, haciendo de él el Pílos romano de Africa, se contentaron con embarcar a los que en la ciudad se habían refugiado, dejaron luego la plaza y abandonaron a los aliados africanos de Régulo a la cruel

venganza del gobierno cartaginés, el cual exigió de ellos una fuerte indemnización de guerra y veinte mil bueyes; aumentó en un doble el impuesto de las ciudades, y castigó a sus habitantes con prisiones y muertes sin cuento. Tres mil hombres de las poblaciones sublevadas fueron crucificados, pagando así con sus vidas una falta tan mal agradecida por aquellos en cuyo beneficio se había cometido.

Una desgracia inesperada sobrevino muy luego a causa de la loca tenacidad con que los cónsules, de regreso de Clupea, desoyeron las advertencias de los capitanes y marinos griegos, tan conocedores del mar y de la meteorología, los cuales decían que durante aquella estación del año, tan peligrosa para la antigua navegación (esto acontecía en julio, cuando salían las constelaciones de Orion y Sirio) era muy aventurado exponer la escuadra a estrellarse en las costas meridionales de Sicilia desprovistas de puertos. La escuadra romana fué pronto combatida en las aguas de Camarina por un huracán y perdió un número de buques comparable tan solo al que perdió Jerjes en el combate del cabo Artemisio. Solo 80 embarcaciones se libraron en aquella ocasión del furor de los elementos.

Esto no obstante, la energía y la perseverancia de los romanos eran inquebrantables: cierto que hubieron de suspender los ataques al Africa, pero tenían todavía que expulsar a los cartagineses de Sicilia, y en efecto, pudieron en el breve plazo de tres meses, y sin curarse de la cólera de Neptuno, botar al agua una nueva escuadra de 120 buques. Con esta escuadra, los cónsules A. Atilio y Cneo Cornelio Escipión, el prisionero de Lipari que había recobrado todos sus honores militares, pudieron dirigirse en 254 a Mesina, donde se les unieron los 80 buques salvados de la tempestad de Camarina, y todos juntos se arrojaron con salvaje energía sobre Panormo, la tercera en importancia de las plazas fuertes cartaginesas de Sicilia, que era por cierto la que, por su situación, mas peligros ofrecía para la seguridad de Italia. El talento de los caudillos romanos consiguió apoderarse por asalto de la ciudad nueva de aquel nombre, situada cerca de la playa. La ciudad antigua, fuertemente atrincherada y protegida, tuvo que ser rendida por hambre. Los habitantes capitularon y consiguieron la libertad mediante el pago de dos minas cada uno (785 reales): 14,000 redimieron así su suerte, pero 13,000 fueron vendidos como esclavos.

VIII.—MUERTE DE RÉGULO. LILIBEO. REVESES MARÍTIMOS SUFRIDOS POR LOS ROMANOS

Despues de esta gran batalla la guerra estuvo durante mucho tiempo en suspenso; mejor dicho, ninguno de los dos contendientes podía dominar definitivamente al otro. Los cartagineses por su parte, construyeron, desde el año 255, 200 buques, y al mismo tiempo enviaron al Lilibeo a Asdrúbal, hijo de Hannon, con grandes fuerzas y 140 elefantes, contra cuyo poder los romanos nada podían hacer de provecho. Por esto los cónsules del año 253, Cneo Servilio y Cayo Sempronio Bleso, intentaron un nuevo ataque al Africa, pero este ataque solo tuvo como consecuencia el apresamiento de un rico botín; y cuando los cónsules, contra el parecer de sus expertos marinos, emprendieron la retirada de Panormo a Ostia, y perdieron 150 buques en el terrible temporal que les acometió en el cabo lucanio de Palinuro, comenzó a decaer el ánimo del Senado para la prosecución de la guerra por mar, decidiendo limitarse a la guerra por tierra, y reducir la marina activa a solos 60 buques, que fueron utilizados para proteger los trasportes de viveres y las costas itálicas que mas en peligro estaban.

Entonces dióse a la guerra una tregua, motivada por el cansancio, tregua que en 252 fué rota por los romanos, los cuales,



con auxilio de la marina siciliana, se apoderaron de Lipari. El año 250 se señaló por un gran hecho de armas, siendo esta vez los cartagineses los que tomaron la ofensiva: su general Asdrúbal al frente de 30,000 hombres y 140 elefantes, esperaba poder triunfar fácilmente del ejército romano que, mandado por L. Cecilio Metelo, se encontraba acampado en Panormo. Las tropas romanas, desde la acometida de los elefantes que tales desastres causó en el ejército de Régulo, procedían con extrema prudencia frente a frente de un enemigo tan poderoso. Fácil le fué, pues, á Metelo, que al saber la aproximación de los cartagineses se había refugiado detrás de las fortificaciones de Panormo, concebir, bajo las apariencias de una tímida retirada, un astuto plan de batalla. De esta manera engañó á Asdrúbal, haciéndole avanzar inconsideradamente contra el ejército romano que estaba perfectamente protegido por sus fortificaciones; y cuando los cartagineses hubieron atravesado el río Onethus, hoy Ammiraglio, cuyas aguas corrian al Sudeste de Panormo, ordenó Metelo á sus tropas ligeras que salieran contra la elefantería, que iba á la vanguardia del ejército cartaginés, y escaramuceasen hasta llevar á los poderosos animales á los fosos de la ciudad, en la cual no podían penetrar, á causa del espesor de sus murallas. Los colosales elefantes, cuyas trompas no eran bastantes para romper los muros, se vieron acosados en los fosos por una verdadera lluvia de proyectiles de toda clase, que les sorprendieron y excitaron en alto grado, enfureciéndose de tal manera que, no obedeciendo ya á sus conductores, se volvieron contra los propios cartagineses y causaron en ellos incalculables destrozos. Apenas cayó tal desventura sobre las tropas de Asdrúbal, desventura tanto mayor cuanto que el contingente celta había entrado embriagado en el combate, salió Metelo de Panormo con sus legiones de refresco, se arrojó sobre el ala izquierda de los cartagineses y la destruyó por completo. Solo un número reducido de africanos escapó de la muerte y los 120 elefantes cayeron en poder de los romanos, sirviendo para adornar la entrada triunfal del cónsul vencedor: sus imágenes puestas en las monedas de los Cecilios recordaron en posteriores tiempos esta brillante victoria de Panormo. La rudeza de los romanos, que entonces comenzaban á aficionarse á la caza de los grandes animales, no supo sacar mas partido de los elefantes que llevarlos al circo para irlos allí cazando.

La victoria de Panormo aumentó la confianza de los romanos de tal manera que, aun cuando los cartagineses solo poseían en Sicilia las plazas fuertes de Drepana, hoy Trapani, y Lilibeo, se decidieron á armar 200 buques de guerra que les eran necesarios para atacar enérgicamente estas dos ciudades. En tales circunstancias, la fuerza expansiva de los cartagineses comenzó á debilitarse, al propio tiempo que amenazaban quedar en breve agotados sus recursos pecuniarios; y entonces fué cuando su gobierno hizo una nueva tentativa con Roma para conseguir una paz con honrosas condiciones. Mas la tentativa fracasó porque la confianza había renacido poderosa en los romanos, y quizá porque los cartagineses aspiraban á tomar por base de las negociaciones de paz la conservación de las ciudades de Drepana y Lilibeo. Ni siquiera pudieron los emisarios púnicos conseguir el canje de prisioneros, pues á ello no se avino Roma, porque con él resultaba mucho mas beneficiada Cartago. Segun cuenta la tradicion, el propio Régulo fué el enviado de los cartagineses, el cual, con la tenacidad propia de los romanos y no atendiendo para nada á su interés personal, aconsejó al Senado, como buen conocedor de la situacion de los cartagineses, que rechazara en absoluto el solicitado canje. Parece que aquel valiente romano pereció poco despues (á lo mas en 247), prisionero en Cartago, de muerte natural,

por mas que en Roma, y especialmente entre la familia de los Atilios, se sospechó que había sido asesinado. El odio mortal que despues, en tiempo de Anibal, se despertó entre los romanos contra los cartagineses, y la ruda fantasía de los posteriores retóricos, han legado á la asombrada posteridad un horroroso cuadro del atroz martirio con que la sed de venganza y el arte del tormento se concertaron en los púnicos para asesinar á Régulo. Pero lo único cierto es que la viuda de Régulo, ansiosa de vengarse y de vengar el supuesto martirio de su marido, infirió, con ayuda de su hijo, crueles tormentos á dos infelices prisioneros que habían sido entregados al Senado en rehenes de la seguridad de Régulo, hasta que indignados los esclavos de esta megera, denunciaron sus crueldades al tribuno del pueblo, y entonces el Senado puso coto á esta venganza.

IX.—AMILCAR BARCA EN EL ERETE Y EN ERICE. VICTORIA NAVAL DE LOS ROMANOS EN EGUSA

La batalla de Panormo no había, pues, traído consigo la paz, y los nuevos cónsules del año 250, Cayo Atilio Régulo, pariente del infeliz Régulo, y L. Manlio Volso, colega suyo que había sido en el Africa, comenzaron á sitiar la mas fuerte de las plazas cartaginesas de Sicilia, á saber, Lilibeo, hoy conocida con el nombre de Marsala. La escuadra romana bloqueó el puerto é intentó repetidas veces cegar su entrada: en tanto, por la parte de tierra, donde solo podía llegarse á los muros y puertas de la ciudad por un camino estrecho abierto entre las lagunas, estaban las cuatro legiones romanas y sus aliados los sicilianos en dos campamentos unidos entre si y fortificados con fosos y baluartes. Pero los valientes y numerosos habitantes y los 10,000 hombres de guarnicion estaban á las órdenes de un audaz comandante, Himilcon, el cual opuso á los ataques del ejército de tierra romano, protegido por Hieron con todos los medios del arte de sitiar de los griegos, una resistencia tan tenaz como vigorosa. Los efectos de las baterías romanas estaban contrarestados por renovaciones constantes de las murallas, y las minas por contraminas. Himilcon descubrió á tiempo que algunos mercenarios celtas estaban en inteligencia con los romanos, y pudo evitar las consecuencias. Una escuadra cartaginesa, capitaneada por el excelente almirante Adherbal, hostilizaba desde Drepana las enemigas costas y dificultaba el aprovisionamiento de los sitiadores romanos. Y cuando, por fin, el audaz almirante Anibal, hijo de Amílcar, con tanta destreza como temeridad condujo al puerto, á pesar de la escuadra romana y de las dificultades de la travesía, 50 buques con víveres en abundancia y 10,000 hombres de refresco, hizo Himilcon dos violentas salidas, consiguiendo en la segunda, en la cual le protegió una fuerte tempestad, incendiar todos los baluartes de los romanos.

En tan crítica situacion, hubieron los romanos de convertir el sitio en un bloqueo, harto difícil porque desde Drepana los escuadrones nómadas procuraban conservar el camino militar de Sicilia y con ello impedir el aprovisionamiento del enemigo. Solo la perseverancia de los romanos pudo resistir los horrores del hambre y de la peste. Mas desesperada todavía fué la situacion de estos durante el año 249: el nuevo cónsul P. Claudio Pulcher, hijo de aquel Apio Claudio, orgulloso y heroico senador de la guerra de Pirro, atacó en el puerto de Drepana á la escuadra cartaginesa, pero sufrió tal derrota que el audaz y experto Adherbal no le dejó mas que treinta de los 210 buques que había llevado: 8,000 romanos perecieron en la batalla; 93 embarcaciones, con sus tripulantes, cayeron en poder de los cartagineses, y el resto de la escuadra, parte se fué á pique y parte fué arrojada á la playa. Fué un triste consuelo para los romanos el atribuir la

espantosa derrota al capricho de Claudio, que debía haber estado advertido por los auspicios desfavorables.

No se había llenado todavía la medida de las desventuras que este funesto año trajo á los romanos. Mientras la suerte y la fama militar de estos perecían en las aguas de Drepana, el otro cónsul, L. Junio Pullo, había logrado reunir una gran escuadra de transporte, compuesta de 800 embarcaciones provistas de abundantes víveres para el ejército de Lilibeo y protegidas por 120 buques de guerra. Pero cuando desde Siracusa envió la mitad de estas fuerzas á su destino, con la necesaria escolta de buques de guerra, se encontraron en las alturas de Ecnomos con el almirante púnico Carthalo, que las atacó con 100 buques, y destruyó gran parte de esta armada y de sus embarcaciones de transporte. El resto huyó precipitadamente á un puerto vecino, en donde las naves se vieron protegidas por la artillería que los romanos habían colocado en las colinas de la costa. Al poco tiempo, el cónsul se hizo á la vela con su escuadra y los barcos de víveres, pero al ver que Carthalo se preparaba á atacarle, retrocedió hasta las aguas de Camarina. De este modo el almirante cartaginés tuvo separadas á ambas porciones de la escuadra; mas al comprender que se preparaba por el Sudoeste un temible huracan, hízose con tiempo mar adentro, dobló el cabo Pasaro y puso en seguridad su escuadra. Los romanos, en cambio, que á lo menos hubieran podido salvar una gran parte de las tripulaciones y de los trasportes, perdieron completamente en el furioso temporal la totalidad de sus embarcaciones; lo único que consiguió el infeliz cónsul Pullo fué apoderarse de la fortaleza que se alzaba á hora y media de Drepana, en las ruinas de Erice, en tanto que construía al pié de la montaña, hoy llamada de San Giuliano, en donde se levantaba antes esta ciudad, un recinto fortificado y arrebataba á los cartagineses el templo de la Vénus ericina que estaba situado en esta altura á 750 metros sobre el nivel del mar.

Desde que ocurrió esta terrible catástrofe, comenzó á estancarse, por decirlo así, la guerra, por parte de los romanos: el Senado romano licenció la escuadra y no pensando nadie en firmar una paz vergonzosa, trató primero de ayudarse con pequeños recursos. En el mar dejó á los corsarios romanos é itálicos que operasen por su cuenta, y en tierra resolvió fortificar la línea de costas itálicas, ya aumentando el número de colonias marítimas, de las cuales la mas importante fué Brindis (244), ya, como en Sicilia, emplazando en ella muchas baterías. En Sicilia continuó el bloqueo de Lilibeo y Drepana, y se renovó por término indefinido la alianza con el fiel y valioso Hieron, alianza que en un principio solo se había hecho por quince años, y que despues se reanudó sobre la base de eximir al rey siracusano de todas las cargas exigibles.

Sin duda alguna, la situacion mas cómoda era entonces la de los cartagineses: cierto que sus recursos económicos, por de pronto, habían quedado de tal manera agotados, que trataron, aunque sin éxito, de negociar un empréstito en Alejandría; pero en cambio su armada dominaba absolutamente los mares, debilitando completamente el comercio itálico y pudiendo hostilizar las costas enemigas, en tanto que el comercio púnico florecía de nuevo y solo se veía molestado por los corsarios itálicos.

Es muy posible que si los cartagineses hubiesen intentado un último ataque contra los romanos, habrían conseguido la victoria ó, por lo menos, una paz ventajosa para ellos. Un hombre hubo entre los púnicos que mostró á los romanos que las calamidades de los tiempos no impedían hubiera entre los poco considerados africanos naturalezas heroicas. En 247 tomó el mando de las tropas cartaginesas en Sicilia un jóven, experto general, hombre de gran talento, que supe-

raba á todos sus contemporáneos romanos y púnicos por su ingenio, energía y excepcionales dotes militares, y que era, á la vez, hombre de Estado de extraordinaria penetración y poco comun habilidad. Tal era Amílcar, llamado por sobrenombre Barak ó Barca, es decir, *el rayo*. Conocido ya como hombre de grandes condiciones entre sus compatriotas, tuvo la gloria de conquistar para sí un nombre brillante en la historia de la guerra de la antigüedad, y para su Estado una paz duradera, á pesar de los escasísimos recursos que puso, ó pudo poner entonces Cartago á su disposición. El nuevo general comenzó su obra dominando enérgicamente una peligrosa sublevación de los inquietos mercenarios celtas, y llevando á cabo con su escuadra una expedición devastadora por las costas del Brucio y de Locri. Este general, que poseía el difícil arte de despertar entre sus mercenarios y soldados libios el entusiasmo por su persona y por su causa, se propuso como objeto principal educar á su infantería, que era el arma menos fuerte de los fenicios, haciéndola entrar en combates parciales con los destacamentos romanos. A este fin, establecióse muy cerca de la ciudad de Panormo, al Norte de esta y en la meseta de una colina caliza que se levantaba á 650 metros de un puerto útil al ejército, colina que en la antigüedad se denominaba Heircte y que hoy conocemos con el nombre de monte Pelegrino. Allí sentó sus reales Amílcar con sus soldados y sus familias; desde esta posición asoló por mar con sus corsarios las costas itálicas hasta Cumas, y por tierra sostuvo con éxito una guerra en pequeña escala contra las legiones que desde Panormo operaban contra él, ó que, por mejor decir, procuraban defender de sus ataques el interior de Sicilia, y sobre todo aquella importante ciudad que era la mejor que entonces poseían los romanos en la isla. A los tres años, la apurada situación de Drepana, cercada por los romanos, le indujo á fortificarse en una altura situada en medio de la subida del monte Erice, enlazando esta fortificación con sus anteriores posiciones, de suerte que se encontraba entre los romanos, dueños del templo de Vénus, situado en la cima, y los del campamento levantado en la falda del mismo monte.

En tal situación, cada vez mas débiles las fuerzas de los romanos y mas probada la superioridad táctica y estratégica de Amílcar; cuando ni las legiones de Lilibeo ni las de Drepana conseguían ventaja alguna en sus ataques, era de presumir que una de las dos potencias beligerantes se resolvería á reunir de nuevo todas sus fuerzas y á librar una última y decisiva batalla contra el enemigo; y á pesar de que Cartago tenía el mejor general de esta guerra, el pueblo romano, antes que el Senado, fué el que se resolvió á presentar este último combate definitivo. En la poderosa y patriótica capital de Italia se unieron todos para hacer un supremo sacrificio y organizar con recursos propios una nueva escuadra. Los ciudadanos, así ricos como pobres, se dedicaron á construir penteremes, para las cuales les sirvió de modelo un excelente buque cartaginés apresado en 250 en las aguas de Lilibeo: gracias á la actividad desplegada en esta ocasion pudo hacerse á la mar, en 242, una escuadra de 200 buques de guerra, aprestada con gran cuidado y tripulada en su mayor parte por gente adiestrada en el arte naval por las expediciones en corso de los últimos años. El Senado, además, se proporcionó con los fondos del Estado algunos triremes, y prometió que, en caso de victoria, indemnizaría á cada uno de los que habían contribuido á la organización de la escuadra.

Con la nueva escuadra salió para Sicilia, durante el verano del año 242, el cónsul Cayo Lutacio Cátulo, general tan prudente y previsor como audaz y decidido, que empezó por restablecer el bloqueo de los puertos de Lilibeo y Drepana. Un ataque dado á la última de estas plazas, y en el cual fué herido el mismo cónsul, no tuvo resultado ninguno. El golpe